

DON CIRCUNSTANCIAS.

PERIÓDICO SATÍRICO-POLÍTICO-LIBERAL.



LOS PARTIDOS

Una situación semejante, por necesidad ha de ser transitoria.
 (La España).

Confesion de prueba releva de parte...
 quiero decir, confesion de parte releva de prueba.
 (D. Circunstancias).

Una de las necesidades de necesidad mas necesaria, por decirlo asi, que yo habia concebido al emprender la publicacion de mi periódico, era el examen de los partidos politicos en que la nacion se halla dividida, y aun estoy por decir que multiplicada.

Ya he tenido la brocha en la mano mas de una vez, y aun he empezado á hacer el boceto; pero me he detenido ante la terrible consideracion de las circunstancias. Y no es porque no arredrase el mal desempeño de mi obra; al contrario, hay ocasiones en que el dibujante quisiera no ser muy exacto en las descripciones, y por desgracia mia habia yo trazado con tanta verdad el perfil de los partidos, que desde luego me hubiera hecho acreedor á la critica sañuda de uno que si no es el mas poderoso moral y numéricamente considerado, es el que mas debemos temer en las presentes circunstancias.

Por fortuna, la idea que yo habia abandonado por peligrosa, se ha encargado de darla á luz un periódico que no puede ser sospechoso de incitador á la insurreccion, como que por no aprobar las insurrecciones, se ha declarado enemigo de la independencia italiana, en lo cual es bastante mas retrógado que el *Heraldo*, lo que parecerá imposible. Hablo de la *España*, y me refiero á su artículo del domingo; artículo que trasladaria integro á un papel sino estuviera escrito tan de prisa, es decir, sino fuera tan largo, que en mi concepto tenia razon aquel que empezaba asi una de sus cartas: Amigo mio; te escribo esta carta tan larga, porque no he tenido tiempo para hacerla mas corta. Pero ya que no pueda insertar todo el artículo de la *España* en mi reducido periódico, copiaré algunos párrafos y lo haré con la mayor imparcialidad, eligiendo aquellos con los cuales estoy conforme lo mismo que otros con los cuales no me conformo. Alla va uno en que *La España* cree haber hecho un bosquejo completo de la comunión liberal; «Consúltese á los hombres del antiguo partido progresista, y se les hallará discordes hasta en los puntos mas capitales, hasta en los primeros artículos de su fé, hasta en lo mas esencial de su dogma»

Francamente, aconsejo á la *España*, que se matricule el mes que viene en la academia de San Fernando para aprender el dibujo si quiere perfeccionarse un poco en la pintura, pues lo que es el retrato que hace del partido progresista es bastante fatal y no puede aspirar á figurar en la oposicion pública que dará principio el dia de San Mateo. ¿Será verdad que los progresistas estén discordes hasta en los puntos mas capitales, hasta en los primeros artículos de fé, hasta en lo mas esencial de su dogma? No puede ser. Lo que la *España* querrá decir, es que estan discordes los que se llaman progresistas y los verdaderos progresistas, y esto es indudable, asi como estan discordes los progresistas y los moderados. Pero es necesario que la *España* no confunda á los

que son progresistas con los que se llaman progresistas sin serlo, como muchos que yo conozco. Es necesario separar los progresistas por principios de los progresistas por conveniencia. Es preciso saber que hay hombres que se afilian á un partido como la policia á los clubs para trastornar todos los planes y dar cuenta de todos los secretos ; estos son progresistas de temporada que mudan de traje segun el calor ó frio de la estacion politica, y de la noche á la mañana dicen que no hay mus, solo porque les han dicho que hay mus. Si quiere la *España* conocer en qué se diferencian unos progresistas de otros, no tiene mas que ver la recompensa que reciben los unos y los otros. Gonzalez Bravo y Perez Calvo, merced á los servicios que prestaron al gobierno con el nombre de progresistas, han sido condenados á comer turrón; otros pobres sin mas delito que su opinion estan encarcelados ó proscriptos. Esto es lo que debe observar la *España* antes de soltar la especie de que los progresistas estan discordes en los puntos mas capitales, hasta en los primeros artículos de su fé, hasta en lo mas esencial de su dogma.

Los principios del partido progresista, son bien conocidos y el que intente separarse un ápice de ellos, sea por conveniencia, sea por una culpable debilidad, sea por lo que quiera, no es progresista. ¿Se nos querrá arguir por lo que dicen los escritores que dicen pertenecer á nuestro partido? Eso sería muy cómodo para la *España*; pero no probaría sus asertos. Entre nosotros, es verdad, hay diversos modos de considerar ciertas cosas. Unos hemos combatido al gobierno de Luis Felipe y no podíamos hacer otra cosa siendo progresistas; otros en cambio, se han encargado de ridiculizar los principios que han prevalecido en Francia y estos no son progresistas. Nosotros celebramos todo lo que es liberal, todo lo que es filantrópico, todo lo que es humanitario, porque somos progresistas; otros por lucir una gracia y nunca es gracia lo que está en pugna con los nobles sentimientos del corazon, se moñan de las ciudadanas francesas que dirigen á la Asamblea nacional una peticion en favor de los presos politicos, llegando hasta á insultarlas suponiéndolas mugeres de mala vida, sin considerar que la mayor parte de ellas son esposas, hijas ó hermanas de los desgraciados que sufren las persecuciones del gobierno. Los que ridiculizan un acto tan noble y tan humanitario, no son progresistas aunque ellos digan que lo son; por lo cual será preciso que el partido liberal en vista de la conducta que observa cada uno, tome la prudente medida de coger por un brazo á los falsos apóstoles de la libertad y los pongan de patitas en la calle.

Veamos si la *España* es mas fiel en la pintura del partido carlista. «Váyase á los carlistas para hacer la misma investigacion, y con poco trabajo se adquirirá la certidumbre de que ese partido, dejado en realidad de existir, admitiendo ya muchos, con mas ó menos latitud, y acaso con reservas mentales, las doctrinas que antes combatieron con ciega fé; persistiendo otros en sus primeras opiniones, pero manteniéndose aislados por falta de bandera que las sostenga en su originaria pureza, habiéndose hecho los mas indiferentes ó escépticos; continuando los de peor género fieles á la dinastia que suponen mas favorable á la realizacion de sus miras egoistas.»

Este cuadro filosóficamente considerado solo puede pasar por bueno en atencion á que no es malo. Hay en él algunos defectos de arte, que le alejan bastante de la perfeccion; pero por lo demas no es enteramente descabellado, y poniéndole un marquito de pino pintado de almazarron, que es todo lo mas que se merece, puede alternar con los cuadros que suelen ponerse todos los años en los últimos salones de la academia.

Donde la *España* está felicisima es en el diseño que hace del partido moderado, como que es su partido y ha podido enterarse á fondo de todas las particularidades que encierra. «Acúdase, en fin (dice la *España*), á la primitiva comuion moderada, y apenas se la encontrará conforme en otra cosa que en el sostenimiento del trono constitucional y en la conservacion á todo trance del orden público.

«Ahora los elementos que compusieron esos partidos antiguos andan como disueltos y agitados por la tormenta revolucionaria: si alguna vez se aproximan unos á otros, cediendo á una afinidad pasagera y débil, nunca se traban y adquieren cohesion tan intima que formen agregados definitivos y consistentes. . . . ¡Han desaparecido todas las ilusiones! ¡Se han visto ensayadas sin fruto todas las teorías! ¡El desengaño ha arrancado con mano dura la fé política de los corazones! Asi sucede que, consultando el hombre honrado y sensato á su propia conciencia, y prescindiendo de temores, esperanzas personales y todo interés mezquino, difícilmente hallaria partido á cuyas filas agregarse. Obligadle á decir qué bandera es la suya, y le vereis vacilar primero, ó esclamar despues de repetidas instancias: *la de los buenos españoles: la de los hombres pacíficos y honrados.*»

¡Qué tiempo! ¡ya vacilan los moderados! ¡Ya no se atreven á decir que son moderados! Esto, si bien se mira, no es estraño, porque tales cosas está haciendo ese partido que nadie puede enva-

necerse de pertenecer á él. Efectivamente, yo veo arrepentidos á muchos que fueron moderados en el buen sentido de la espresion; no moderados por comer, sino moderados por sus ideas templadas y porque creían (como yo creo) que la libertad y el órden no son cosas incompatibles. Lo único que yo veo aquí de extraño es que sea la *España* quien arroje la máscara que encubria la deformidad de su partido. «¡Han desaparecido todas las ilusiones!» dice la *España*. ¡Ya hace tiempo que desaparecieron, digo yo. «¡Se han ensayado sin fruto todas lasteorías!» «¡El desengaño ha arrancado con mano dura la fé política de los corazones!» vuelve á decir la *España*. ¿Qué añadiré yo? Nada, que ya no se necesita escribir una línea para probar la nulidad de los moderados; la *España* se ha tomado este trabajo, y *confesion de parte releva de prueba*.

Los moderados son muy aficionados á dar consejos, y muchas veces nos han indicado á los progresistas el rumbo que debemos seguir, aunque nosotros siempre hemos desoido la voz de los moderados, porque como es natural y como dice Rousseau, no queremos que hombres de otra religion nos prescriban, en cierto modo, el camino del infierno. El consejo del enemigo, no puede ser consejo amistoso y no es extraño que los progresistas no nos fiemos de lo que nos dicen los moderados y vice-versa. Al contrario, los consejos de los amigos deben apreciarse siempre y por eso celebramos que la *España* se dirija al gobierno diciendo:

«¡El deseo de paz y de órden; el temor á las revoluciones; los sacrificios hechos para apartar los males que estas llevan consigo; el amor al trono en fin, no deben confundirse con un estado halagüeño y reconocido de satisfaccion y de contento! Esa mala inteligencia retraeria de toda idea de mejora, y tras la seguridad que dá la aquiescencia, interpretada como sincera adhesion, vendrian peligros sin cuento de que conviene mucho huir.

«Una situacion semejante, por necesidad ha de ser transitoria. No puede considerarse el periodo porque vamos pasando, sino como un periodo intermedio que conducirá sin la menor duda á horizontes nuevos. ¿A dónde iremos á parar? ¿Qué resultará del estado presente?»

Ya lo ven mis lectores. Segun la *España*, «la situacion actual por necesidad ha de ser transitoria.» (Eso queria yo decir y no sabia como). «No puede considerarse el periodo porque vamos pasando sino como un periodo intermedio que conducirá sin la menor duda á horizontes nuevos.» — (Bueno; eso es lo que yo deseo, y no me importa nada que sean nuevos ó viejos con tal que sean distintos horizontes). «¿A dónde iremos á parar?» (Dificil

es adivinarlo.) «¿Qué resultará del estado presente?» No lo sé; pero probablemente resultará el estado futuro.)

Oigamos, en fin, estotro párrafo de la *España*, y convengamos en que si los moderados se conforman con él, no está lejos el día en que la nacion se vea libre de contiendas políticas. Hé aqui en resumen el espíritu del artículo de la *España* que reasume las ideas de gobierno de nuestro cólega desde que nuestro cólega empezó á reconciliarse, reorganizarse, legalizarse, humanizarse y liberalizarse.

«Si gobierno ha de haber, preciso es que se organice sirviéndole de base las doctrinas de *orden*, las doctrinas de *legalidad* y de *libertad razonable y bien entendida*, que ha proclamado siempre la mayoría de los constitucionales. Esas doctrinas de gobierno son aceptadas sin duda por todos los hombres de opiniones liberales, y por el mayor número de los que las tuvieron absolutistas; pero es necesario observarlas fielmente, y no profesarlas tan solo en teoria, desde el momento en que pase la borrasca que conmueve al mundo.»

Este parrafito de la *España*, francamente, es una adquisicion: desde ahora auguro buen éxito al gobierno que profese tan excelentes doctrinas, y sobre todo al que las observe. Cúmplase lo que dice la *España*, pero pronto, muy pronto, porque la nacion tiene mas deseos de ver buenas obras, que de oir buenas palabras. Esperar á que la Europa se tranquilice para realizar tan magnífico programa, seria el cuento de nunca acabar, y ademas seria poco lógico, porque ¿qué tenemos que ver nosotros con lo que suceda ó deje de suceder en otros paises? Lo que nosotros deseamos ante todo, es la felicidad del nuestro, y creo que podríamos hacerla si nos empeñáramos todos, si bien los hombres del partido dominante son los que han de dar la señal, adoptando una marcha de reparacion, de legalidad y de libertad bien entendida,

LAS CIRCUNSTANCIAS.

¿Qué diré á ustedes?

No diré nada,
porque lo impiden
las circunstancias.

—
Todos decimos

que esto no marcha,
que estan las cosas
muy rematadas.

Temiendo estamos
aunque sin causa
que nos envien
en hora mala.

Y aun no podemos
joh suerte aciagal
ni aun lamentarnos
de la desgracia;

Porque los ayes
que al viento lanzan
los que padecen,
tal vez amargan.

Y es necesario
sufrir con calma
porque lo exigen
las circunstancias.

Nuestros amigos,
y esto me pasma,
no estan seguros
ni aun en sus casas.

Ellos lo dicen
y no me estraña
si abro la historia
de nuestra patria.

Teatro ha sido
desde el rey Wamba
de mil tragedias
la pobre España,

Y aunque la gente
noble y sensata
de trapisondas
no tenga gana,

Todos recelan,
y es cosa clara,
que les abrumen
las circunstancias.

La historia cuenta

cosas muy raras
que, francamente,
llegan al alma.

Siempre se quejan
con justa causa
los que obedecen
de los que mandan.

Y si esta ha sido
siempre la marcha
aun cuando habia
paz octaviana,

Nadie se admire
de lo que hoy pasa,
las garantías
viendo anuladas.

El mas pintado
se sobresalta
siendo tan tristes
las circunstancias.

Por mas que busco
no encuentro nada
en el sentido
de las palabras.

¿No está el gobierno
mandando en calma
lleno de fuerzas
y de esperanzas?

¿No está tranquilo
como una estátua,
el pobre pueblo
que sufre y paga?

Esto es muy cierto,
esto no falla,
esto es seguro,
esto no marra;

Mas, sin embargo,
de dichas tantas,
son muy terribles
las circunstancias.

La prensa nuestra

ya mutilada,
triste camina
con mucha pausa.

No da motivo
digno de saña
ni en lo que dice
ni en lo que calla;

Y así el gobierno
sigue á sus aneas
sin cortapisas
ni zarandajas.

En su partido
todos le ensalzan;
en los contrarios
nadie le ataca.

Y á pesar de eso
se irrita y clama
que son fatales
las circunstancias.

—
¿ Por qué se queja?
¿ de qué se agravia?
¿ por qué recelos
vanos le asaltan ?

Esta materia
quiero tratarla
con el cuidado
que ella reclama.

Pero hoy no puedo,
porque en sustancia
mi cantinela
va siendo larga.

Quizá otro día
que por cien causas
no esté la musa
tan fatigada,

Podré deciros
cuatro palabras
si lo permiten
las circunstancias.

—
Adios, amigos,

siento en el alma
no revelaros
lo que pensaba.

No es que la sangre
tenga quemada,
aunque hace tiempo
que ando sobre ascuas.

Es que va siendo
tal la borrasca
que la paciencia
casi me falta.

Y eso que siempre
dió pruebas claras
de hombre sensato

D. Circunstancias.



REPÚBLICA FRANCESA.

En nuestro anterior artículo lo digimos: los partidos reaccionarios en Francia han conseguido un triunfo efímero en la votación de la Asamblea contra Luis Blanc y Caussidiere, pero este triunfo no arguye ni en favor de su fuerza por lo presente, ni mucho menos les garantiza un porvenir en que hayan de poder desarrollar sus influencias. Las artes de la oratoria y de las discusiones parlamentarias que tan conocidas son á los partidos monarquistas, han podido hasta el día, ayudadas por la corrupción y la intriga, darles alguna preeminencia en el seno del parlamento; pero fuera de aquel círculo, que á merced de la palabra puede caer en error, está el pueblo francés que palpa los acontecimientos y que niega á la lógica sus ratiocinios y sus bellas conclusiones cuando se apoya en datos falsos que el mejor que nadie conoce y juzga. De los errores de la Asamblea, la revolución apelará á los pueblos, no para pedirles el entusiasmo que dá la desesperación y que lanza á las poblaciones á las calles á litigar con las armas los derechos que con las argumentaciones se tuercen y desconocen, sino para exigirles una significación clara de su voluntad que haga saber á sus representantes la delegación que tienen y las condiciones con que deben obrar. Las intrigas y los manejos de la reacción se estrellarán así en la opinión general, y la República podrá ser bastante magnánima y fuerte para dar á sus enemigos una libertad que emplean en combatirla, aunque no sea mas que por convencerles de su impotencia y por hacerles aparecer como luchando en la ofuscación de

una vanidad individual ofendida contra lo mismo que les deja el círculo en que se agitan y en que satisfacen hasta sus mas pequeñas pasioncillas y sus mas frivolos deseos.

Pero una cosa podria haber que contrariase este impulso natural de la revolucion: las desmedidas pretensiones de los partidos reaccionarios, que sin oír, como hemos dicho, ese voto y ese mandamiento universal de la opinion del pais, se entregasen á las vias de hecho y empleasen descaradamente contra la República las armas que esta ha sido la primera en dejar arrinconadas como perteneciendo á otros tiempos en que la cabeza era un estorbo para la apreciacion de los acontecimientos politicos, y en que el corazon con sus absolutas pasiones fallaba en favor de una causa y se entregaba á ella con todas sus fuerzas hasta degradarse por el fanatismo. En caso de que tal sucediera, la Francia tendria que lamentar indudablemente grandes desgracias. Su revolucion se armaria con el hacha de Robespierre, y la sangre vendria á ensangrentar los altares de la patria en que la civilizacion parecia haber levantado para siempre idolos de paz y símbolos de amor y conmiseracion entre los hombres.

Así, pues, la reaccion es dueña en gran parte del porvenir inmediato de la Francia: si engreida por los recientes triunfos de la intriga y de la palabra, confia á estos medios el triunfo definitivo de su causa, la razon y el sentimiento del pueblo francés se encargarán de rechazar sus pretensiones y de resolver en su supremo tribunal sin apelacion las cuestiones que un modo errado de discurrir han alterado en su sentido y en su importancia. Si por el contrario, empeñándose en creerse omnipotente porque ha obtenido un pequeño triunfo sobre sus contrarios, apelando para esto á la exageracion de un sentimiento de temor que los últimos acontecimientos de junio han sembrado en el pais, intenta llevar á otro terreno sus intrigas y desplegar sus enconos contra la revolucion en otros campos, entonces indudablemente provocará escesos que todos los hombres sensatos deben lamentar cualquiera que sea el móvil que los escita, y se renovarán tiempos que parecian pasados para nunca mas volver. Que la reaccion esté segura de que cuanto mas tire ella en sentido del egoismo y de la represion, mas violencia hará tambien por su parte la revolucion en sentido de la expansion y de la libertad. Del partido republicano, del que hizo las jornadas de febrero ó por lo menos del que las regularizó, no puede esperarse ni mas magnanimidad ni mas grandeza de alma: nuestros lectores conocen ya demasiado el modo que tuvo de vengar la República los agravios de 18 años en que lo menos eran las deportaciones y los aprisionamientos en San Michel y otros puntos, y lo mas la mengua y el desprecio con que por todos medios se trataba de cubrir el principio republicano y los hombres que le servian. Por lo tanto nadie podrá acusar á la revolucion de exagerada el dia en que tome otro cauce: nadie podrá hacerla responsable de sus violencias

el día en que sus enemigos la provoquen á salirse de su paciente y magnánima actitud actual.

Lo que hemos dicho se refiere á los partidos reaccionarios: ahora nos toca hablar de los que actualmente tienen en sus manos el gobierno de la República y ver lo que estos pueden hacer para quitar á aquellos toda esperanza temeraria y hacerles desistir de cualquier intento contra la actual constitucion política del país, y para mantener al mismo tiempo á este en la confianza necesaria que pueda hacerle conllevar con paciencia sus dolores de hoy pensando en el alivio que le espera mañana.

Empezaremos por decir aqui que la reaccion ha hecho mucho por restaurar sus fuerzas; pero que en nuestro sentir no han hecho menos en favor de aquella los gobiernos de la República, con la conducta poco firme que han seguido. ¿Por qué no lo hemos de decir? Nosotros queremos la libertad para todos, pero esta libertad es un derecho cuando se emplea para el bien. Por esto pues, los gobiernos de la República debian haber dejado á sus contrarios amplia libertad para obrar segun sus sentimientos, pero con el limite necesario de una causa comun que atajaba los progresos de la causa parcial del individuo. Dentro del circulo del sistema republicano, pueden tener todos los partidos una representacion lata y eficaz. Todas las combinaciones políticas, todos los adelantos sociales, todas las aspiraciones á un mejor estado, en cuanto á la vida inteligente y material de los pueblos, pueden encontrar en las instituciones republicanas una base lata en que producirse y desenvolverse. Pero el gobierno republicano lo mismo que cualquier otro gobierno, al paso que debe garantir el ejercicio de las fuerzas morales del individuo cuando tienden á una obra de reparacion ó de mejoramiento social, está en el caso por el contrario de contener todas esas manifestaciones rebeldes que no tienen mas objeto que el destruir la constitucion existente para sustituirla con otra que se quiere imponer al país por la sorpresa ó por la intriga. Asi el gobierno republicano francés no debió nunca consentir los partidos facciosos. La actual Asamblea se ha reunido para constituir la República: la mas ó menos latitud del principio popular en esta constitucion queda á su cargo, pero la base necesaria es la institucion republicana á que la Francia ha llegado por muchos desengaños.

Ya que el gobierno francés ha sido demasiado tolerante hasta ahora con los partidos que declaradamente tendian á destruir la actual constitucion, enmiéndose en lo sucesivo si quiere concurrir al fin que mas adelante llevamos indicado, de llegar á la definitiva consolidacion de la República sin los trastornos que de otro modo sobrevendrán. Harto hace la República con no mirar atrás, ni pedir cuentas á los hombres de la antigua monarquía de las pruebas horribles porque la hicieron pasar: no pretendan aun hoy tener salvo-conducto para venderla victoriosa los mismos que la escarnecieron proscrita.

Ademas de tener á raya á los partidos facciosos, el gobierno republicano debe tratar de fortalecer su causa en el interior, y de desarmar á sus cnemigos esteriore. Para esto debe persuadirse del carácter de la actual revolucion. Debe conocer los elementos en que mas seguramente ha de poder apoyarse y dar á estos fuerza y robustez, para oponerlos á los elementos que le sean contrarios. De las tres clases en que por su prestigio, inteligencia ó fuerza se dividen todas las sociedades, la aristocracia, la clase media y el pueblo, el gobierno republicano ha de considerar á la última no como á la que debe apoyar con exclusion de las otras, sino como á la que debe poner al nivel de las demas, sacándela del abatimiento de alma y cuerpo en que se encuentra para hacerla digna de los destinos que hace diez y ocho siglos le fueron otorgados por los labios del que ha venido á ser el rehabilitador del hombre. La monarquía absoluta se apoyó mucho tiempo en la nobleza: algunas veces trató de oponer al demasiado vuelo de los privilegios de los nobles algunos fueros concedidos á las clases inferiores de la sociedad; pero la indole de aquella institucion la llevaba siempre irremisiblemente á pagar los servicios de unos pocos para tiranizar á los muchos. La monarquía constitucional se apoyó en Francia en la clase media: la instruccion, la posicion, el bienestar lo hizo patrimonio de los ricos ó de los que estaban en camino de serlo, dejando completamente olvidada á esa masa inmensa de hombres que nacen bajo el rigor de una suerte tirana que los condena irresistiblemente á ser instrumentos mercenarios de la riqueza y prosperidad de otros, sin poder aspirar nunca á algo que tienda al mejoramiento propio.

Al pueblo solo, por lo tanto, al verdadero pueblo le faltaba su revolucion. Las puertas de oro de los palacios de los ricos no le estaban ahora menos cerradas que tiempos atrás las de los castillos de los nobles: la revolucion actual está llamada á abrir esas puertas para hacer iguales á todos por la instruccion y por la moralidad. No debe hacer al hombre rico, porque esto es un imposible, pero debe dejar á todos la posibilidad de serlo. Decimos mal, la riqueza no es siempre la felicidad: la fábula de Tántalo nos dice demasiado hasta qué punto la demasiada escitacion saca de quicio las naturales disposiciones del hombre y le pone fuera del alcance de poder hallar una medida justa á sus necesidades. No busquemos, pues, ni anhelemos la riqueza para el pueblo; anhelemos solo un bienestar que le deje bastante holgado para poder considerarse á la vez bajo el triple aspecto de ser viviente, de ser social y de ser inmortal.

La República francesa debe, pues, como ya llevamos dicho, tender á esta emancipacion de la clase pobre y á esta rehabilitacion del pueblo. Así se hará fuerte contra todos sus enemigos y podrá fiar en el porvenir.

Pero ¿cómo se obrará esta emancipacion? me dirán algunos.

¿Qué ha de dar al pueblo? ¿qué ha de quitar á los ricos? ¿de dónde ha de sacar para aliviar á los pobres?

Cuestiones son estas que merecen grande esplanamiento; pero ya que no podamos estendernos como el asunto exige, vamos á apuntar aquí algunas ideas sobre nuestro sentir en el particular.

El socialismo, lo digimos en nuestro número anterior, no le consideramos nosotros mas que como un secta apasionada que en fuerza del encono que produce en ella la resistencia ha exagerado hasta la temeridad su principio fundamental. Querer mejorar la condicion del que sufre, haciéndole partícipe de los goces y beneficios sociales que ahora monopoliza el menor número, es cosa que nadie que conozca lo profundo que son los dolores de la miseria y las degradaciones que lleva consigo, podrá considerar como un deseo temerario que deba tenderse á contrariar. Las quimeras de los socialistas para resolver este problema son realmente lamentables, pero el principio queda legitimado para todo el que mire al hombre con relacion á sus destinos, y no á su condicion actual. Ahora bien, los ricos podrán decir á los pobres: «Ved que os engañan todos esos sistemas que tienden á destruir la familia y la propiedad, y que pretenden pasar sobre todas las gentes el nivel de la incapacidad y de la barbarie. Desde que Dios hizo la luz y las tinieblas, y creó las montañas al lado de los abismos, estableció el contraste y la desigualdad como ley de la naturaleza, y formuló su deseo de dar á comprender los beneficios que promete haciendo resaltar á nuestros ojos lo bueno por su contraste con lo malo, lo bello por su contraste con lo feo, y lo débil por su contraste con lo poderoso. Así tambien, desde que Dios dió á los hombres como elemento de su desarrollo la tierra y los recursos materiales que la naturaleza nos ofrece, santificó y legitimó la propiedad y la enalteció por medio de los servicios que está llamada á cumplir. Por último, la familia nació tambien y recibió su investidura de Dios, cuando dió al hijo una madre y á esta unos pechos con que debia amamantar á su hijo, y cuando puso sobre el hijo y la madre, débiles por la edad y los dolores, la fortaleza del hombre, que se debia al amparo de ambos. En este grupo del padre, de la madre y de los hijos, existe una fuerza de cohesion necesaria, cuya violacion implicaria un trastorno radical de los fundamentos de la naturaleza del hombre. Con esto os probamos bien que la familia y la propiedad son sagradas, y que la desigualdad entre los hombres es una triste realidad de que no podemos prescindir, á menos de rehacer el hombre y de violar los designios de la divinidad, que, como ya hemos dicho, ha querido hacernos subir en idea por la escala de las desigualdades humanas hasta el último término invisible de la perfeccion.»

Este lenguaje podrán usar los que gozan de los beneficios de la sociedad, con aquellos espíritus extraviados á quienes lo agudo del mal ha exacerbado hasta el delirio; pero sus palabras serán

vanas. El pobre no puede amar la propiedad porque no la tiene, y porque vé que los que la poseen se sirven de ella para insultar su miseria. El pobre no puede amar la familia, porque no conoce de ella mas que las amarguras y las decepciones. Por último, el pobre no puede resignarse con la desigualdad de fortuna que le ha cabido, porque sabe que no ha sido en él un precepto de la naturaleza, sino una imposición de la sociedad. Así, lejos de poder creer á los que le hablan en un sentido de resignación evangélica, se revela contra toda doctrina, y la cree hija del infierno y aconsejada por el espíritu de ambición para mal de los que sufren.

Otra cosa sería si la sociedad pensase en una verdadera obra de reparación. La lucha cesaría, y abiertas las vías á todo progreso, el pobre esperaría con paciencia el tiempo inmediato de su rehabilitación.

Tres caminos hay de llegar á mejorar la condición material del pueblo, base de su instrucción y de su perfeccionamiento moral. Estos caminos, como es fácil concebir, han de tender á hacer difícil la acumulación de las riquezas en unos pocos privilegiados, y á establecer por la división mayor número de hombres rehabilitados por la propiedad.

El primero de estos caminos es el que lleva de un modo indirecto, porque la libertad nunca puede atacarse de frente, no á coartar los medios de adquirir sino á amenguar lo adquirido ó á hacerle tomar un cauce que lo guíe á refluir sin violencia hacia donde pueda emplearse en favor del pobre. En esta clase se comprenden los impuestos progresivos sobre la sucesión directa y mayormente colateral, los que cargan al capital, que aunque rechazados por la escuela moderada son sin embargo los que mayormente aconseja la justicia, los que pesan sobre los objetos de lujo, etc. etc.

El primero de estos medios que es el mas eficaz, llegaría por fuerza tarde ó temprano á establecer una repartición equitativa de los dones de la naturaleza. Respecto á los bienes que diese el impuesto sobre las herencias, ó podrían ser repartidos entre los pobres ó constituir con ellos una especie de propiedad comun como la que establecieron los jesuitas en sus misiones del Paraguay con el nombre de *tierra de Dios*, de cuyo fondo sacaban para los pobres enfermos ó incapacitados de ganarse su sustento.

El segundo camino que conduce á la mejora de la condición de la clase menos acomodada de la sociedad, consiste en aliviar de las cargas á las pequeñas industrias y á las pequeñas propiedades, y en fomentar y proteger la asociación. Contra los perniciosos efectos de la concurrencia, solo es poderoso y legítimo este último medio. Los grandes capitales absorben á los pequeños: hágase, pues, que estos se reúnan para fundar empresas que cuenten con los grandes elementos que animan á la industria, y entonces desaparecerán en gran parte los efectos de la libertad y del egoísmo del individuo en lo tocante al tráfico y á la producción.

Hemos visto cómo los grandes capitales pueden limitarse, y cómo puede evitarse en cierto modo su acumulacion: hemos encontrado tambien algunos medios, entre otros muchos mas que pudieran presentarse, para dar á los pequeños capitales la fuerza productiva de los grandes, y para asegurar su conservacion y progreso: ahora nos falta ver cómo el pobre, cómo el desposeido puede llegar á ser propietario y capitalista á su vez. Los capitales son las economías: así, pues, el pobre debe tender á economizar de su salario el sueldo que, reunido á otro y ciento y mil, podrá hacerle cambiar de condicion. Para esto, lo decimos como lo sentimos, no encontramos nada igual á la comunidad. No esa comunidad de bienes y de vida que Owen y S. Simon predicán, sino una especie de asociacion económica, que dejando á cada cual en el seno y la independenciam de su familia, lo reuna solo á los demas para aquellos actos en que la mano y el cuidado de uno dispone lo que aisladamente hubiera podido distraer las fuerzas y los cuidados de muchos. Hay otro medio de ir encaminando al pobre á la condicion de propietario, que vemos ya adoptado en Francia por algunas grandes empresas. Varios caminos de hierro dan á los operarios empleados en sus obras, aparte del salario diario, una porcion de las ganancias con la cual pueden irse creando un capital.

Hemos indicado aunque, muy de ligero, algunos de los medios que en nuestro sentir pueden emplearse para alivio de la clase obrera y del verdadero pueblo. Otros muchos caminos hay para llegar á este fin; pero la estension de nuestro periódico no nos permite ni aun indicarlos. Nosotros con esto no hemos querido dar á entender mas que concebimos como la República sin hacerse socialista puede remediar los males del pobre, creándose por sus beneficios no un partido, sino un pueblo adicto á ella hasta la muerte. Con esto podia desafiar á la reaccion.

Pero aparte de los enemigos interiores, estan los que han de conspirar contra ella en el exterior. Otro dia veremos cómo la República ha de imposibilitar sus atauues.

Se suscribe en Madrid á 8 rs. al mes en la redaccion, calle de Alcalá núm. 44, cuarto bajo, y en las librerías de CUESTA, MATUTE, GASPAR y ROIG, en el obrador de libros rayados y encuadernaciones de MARIN y BATRES, calle de S. Martin, núm 4, y en la librería de MONIER, carrera de S. Gerónimo.

En provincias; 30 rs. por trimestre, en las principales librerías y administraciones de correos.

Editor responsable, D. MANUEL TURREZ.

Imprenta de D. J. Llorente, calle de Alcalá, número 44.